

— Por la memoria de tu padre, cuyo nombre has invocado ahora mismo, yo mando que te vayas.

— ¡Nó, mil truenos, nó, no me iré! contestó Bartolomé poniéndose á caballo sobre un banco y cogiéndole convulsivamente con sus manos, como si se preparase á hacer de él un arma en caso necesario.

— ¿Quieres pues agotar mi paciencia? dijo Salvador con una voz tan tranquila, que no hubiera podido sospecharse que encerraba una suprema amenaza.

Y al mismo tiempo se adelantaba hacia el carpintero.

— ¡No os acerquéis, Mr. Salvador! exclamó éste retrocediendo á un extremo del banco á medida que el joven se adelantaba; ¡no os acerquéis!

— ¿Vas á salir? le preguntó Salvador.

El carpintero cogió el banco y le levantó como para pegar al joven; en seguida arrojándole lejos de sí:

— Bien sabéis, dijo, que podéis hacer de mi todo lo que queráis, y que me cortaría la mano antes que tocaros; pero de buena voluntad; nó, nó, no saldré!

— ¡Miserable terco! exclamó Salvador cogiendo á Juan Taureau por la corbata y por la cintura de su pantalón.

Juan Taureau dió un rugido de coraje.

— Podéis echarme; yo me dejaré llevar; pero no habré salido de buena voluntad.

— Sea pues como tú desees, dijo Salvador.

Y dando una violenta sacudida al coloso inerte, le desarraigó, por decirlo así, del pavimento, como hubiera podido desarraigar una encina de la tierra, y llevándole hasta la meseta de la escalera añadió:

— ¿Quieres bajar la escalera peldaño á peldaño, ó bajarla de una vez?

— Estoy en vuestras manos; haced de mi lo que queráis, pero repito que no me iré de buena voluntad.

— ¡Miserable! entonces te irás por fuerza.

Y le lanzó como un fardo del cuarto al tercer piso.

Se oyó rodar y rebotar de escalón en escalón el cuerpo de Juan Taureau ó de Bartolomé Lelong, como quiera que el lector prefiera llamarle.

La multitud no exhaló un grito, ni pronunció una palabra; estaba satisfecha y admirada.

Sólo los tres jóvenes estaban profundamente conmovidos: Petrus, el bullicioso Petrus, se había vuelto sombrío; Ludovico, el flemático, sentía latir su corazón violentamente; Juan Robert, el poeta *sensitivo* era el único que en apariencia había conservado su sangre fría.

Solamente cuando vió entrar á Salvador sin el carpintero, envainó su espada y pasó el pañuelo por su frente cubierta de sudor.

Después se dirigió á Salvador y le tendió la mano.

— Gracias, le dijo, por habernos librado á mis amigos y á mí de ese endemoniado beodo; sólo siento por él las consecuencias de su caída.

— ¡No temáis nada por él, caballero! respondió Salvador poniendo su mano blanca y aristocrática, esa mano que acababa de dar tan prodigiosa prueba de su fuerza, en la mano que se le tendía; guardará cama quince días ó tres semanas, y durante este tiempo llorará amargamente, recordando la escena que acaba de pasar.

— ¡Cómo! ¿llorará ese hombre? preguntó con asombro Juan Robert.

— Llorará lágrimas amargas, lágrimas de sangre, os lo aseguro. ¡Es el mejor corazón y el hombre más honrado que yo conozco! No os inquietéis pues por él, sino por vos.

— ¡ Cómo ! ¿ por mí ?

— ¡ Sí ! ¿ Queréis permitirme que os dé un un consejo de amigo ?

— Hablad.

— Pues bien, dijo Salvador bajando la voz de modo que no pudiera ser oído más que del poeta, pues bien, si queréis creerme, no pongáis nunca los pies aquí, Mr. Juan Robert.

— ¿ Me conocéis acaso ? exclamó Juan Robert estupefacto.

— Os conozco como todo el mundo, contestó Salvador con una exquisita cortesanía ; ¿ no sois uno de nuestros poetas célebres ?

Juan Robert se coloró de rubor.

— Y ahora, dijo Salvador volviéndose hacia la multitud y cambiando completamente de tono y de maneras, ¿ estáis contentos ? espero que me haréis el favor de ir desfilando cuanto antes : aquí no hay aire más que para cuatro, quiero decir, amigos míos, que deseo quedar solo con estos tres señores.

La multitud obedeció como obedece una banda de chicleos á la voz de su maestro ; se alejó en orden, saludando con la voz, con la cabeza y con la mano al joven que parecía mandarlo, y cuyo rostro, después de la escena que acababa de pasar, estaba tan sereno como la faz del firmamento después de la tempestad.

Los cuatro camaradas de Juan Taureau, incluso el traperero, desfilaron delante de Salvador con la cabeza baja, y cada cual al pasar á su lado se inclinó tan respetuosamente como un militar ante su jefe.

Cuando no quedó ninguno apareció el mozo en el dintel de la puerta.

— ¿ Desean algo estos señores ? preguntó.

— Más que nunca, dijo Juan Robert.

— Después, volviéndose hacia Salvador :

— Tendréis la bondad de cenar con nosotros, Mr. Salvador.

— Con mucho gusto ; pero no pidáis nada para mí ; cuando subí, atraído por el ruido, había encargado ya mi cena.

— ¿ Lo ois, mozo ? dijo Juan Robert, la cena de Mr. Salvador con la nuestra.

— Corriente, dijo el mozo.

Cinco minutos después los cuatro jóvenes se hallaban sentados alrededor de una mesa.

Se brindó por los vencedores y por los vencidos, y después por el que había llegado tan á tiempo para evitar mayor efusión de sangre.

— Por lo demás, dijo riendo Salvador á Juan Robert, me parece que poseéis bastante la esgrima y el arte de reñir á puñadas. Habéis dado al pobre Juan Taureau un soberbio puñetazo en la sien, un magnífico puntapié en el pecho, é ibais á darle una graciosa estocada, cuando por fortuna llegué á tiempo de impedirlo. Pero no importa. Os pusisteis en guardia admirablemente, y si fuera Mr. Petrus os retrataría en esta posición.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo Petrus ; ¿ también me conocéis á mí ?

— ¡ Oh ! sí, contestó Salvador suspirando, como si esta afirmación le trajese á la memoria algún melancólico recuerdo ; antes de poner mi taller en la calle del Oeste, habéis vivido en la calle de Regard, y en esa época he tenido el placer de veros dos ó tres veces.

Después, volviéndose hacia el tercer compañero, que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

ALFONSO REYES

guardaba un obstinado silencio y parecía proseguir la solución de un problema que no podía comprender :

— ¿ Qué tenéis, Mr. Ludovico ? preguntó Salvador, ¡ qué aire tan malicioso ! comprendería esto si no os hubierais examinado y tuvierais que sostener una tesis ; pero á Dios gracias, habéis salido del paso hace tres meses y con honor.

Juan Robert miraba á Salvador con asombro : Petrus dió una carcajada,

— ¡ Por vida mía ! Mr. Salvador, dijo Ludovico, vos que sabéis tantas cosas...

— Sois muy galante, interrumpió sonriendo Salvador.

— Puesto que sabéis que mi amigo Juan Robert es poeta, que Petrus es pintor, y que yo soy médico, ¿ sabéis por qué el matador de gatos exhala tan fuerte olor de valeriana ?

— ¿ Sois pescador, Mr. Ludovico ?

— En mis ratos perdidos, contestó éste ; pero trato de estar siempre ocupado.

— Pues bien : por poco aficionado que seáis á la pesca, sabréis que se perfuma con almizcle ó anís el trigo que sirve de cebo á las carpas.

— No hay necesidad de ser pescador para esto, basta ser un poco naturalista.

— Convenido ; pues la valeriana es á los gatos lo que el almizcle ó el anís son á las carpas, los atrae, y como maese Guisote es un cazador de gatos...

— ¡ Oh ! interrumpió Ludovico hablándose á sí mismo con esa flema medio cómica que hacía uno de los rasgos más originales de su carácter ; ¡ oh ciencia ! ¡ misteriosa diosa ! estará escrito que ha de ser la casualidad quien levante siempre una punta de tu velo ! Y cuando pienso

que si no me hubiera disfrazado hoy ; que si Petrus no hubiera tenido la idea de cenar en una tasca, no habríamos tenido una disputa, yo no hubiera reñido con el cazador de gatos, vos no hubierais venido á pener paz entre nosotros, y la ciencia tardaría diez, cincuenta años, un siglo tal vez, en descubrir que la valeriana atrae á los gatos como el almizcle á las carpas.

La cena fué alegre. Petrus contó en estilo de taller la historia de veinte retratos que había pintado en una mala posada para pagar su gasto, que ascendía á diez francos veinte céntimos, saliendo por consiguiente cada retrato al precio exorbitante de cincuenta y un céntimos.

Ludovico probó matemáticamente que no había conocido nunca una mujer bonita, verdaderamente enferma, y sostuvo esta paradoja durante un cuarto de hora con una verbosidad y una elocuencia que estaban lejos de esperarse de su flemática persona.

Juan Robert refirió el plan de un nuevo drama que escribía para Bocage y Mad. Dorval, sobre cuyo plan le hizo las más juiciosas observaciones el joven desconocido.

Vinieron las botellas ; y como Petrus y Ludovico habían proyectado embriagar á Salvador para hacerle hablar, sucedió lo que sucede siempre en semejante caso. Salvador conservó su sangre fría, y los dos amigos se embriagaron.

En cuanto á Juan Robert, no bebía nunca más que agua.

Poco á poco Petrus y Ludovico, excitándose mutuamente, traspasaron este límite de la embriaguez, á que hubieran querido conducir á Salvador. Refirieron historias insignificantes ó morales, y repitieron las frases que habían sido objeto de la risa general al principio de la cena.

En suma, cayeron de repente en la atonía más completa, situación desde la cual pasaron sin esfuerzo al sueño más profundo.

## CAPÍTULO IX.

MIENTRAS DUERMEN PETRUS Y LUDOVICO.

Apenas los dos durmientes indicaron por sus ronquidos que daban su dimisión de hombres razonables y que abandonaban la conversación á quien pudiera sostenerla, cuando Salvador, apoyando los codos sobre la mesa, dejando caer á cabeza en sus manos y mirando fijamente á Juan Robert:

— Vamos, preguntó, señor poeta, ¿por qué habéis venido á pasar la noche en una tasca?

— Por complacer á mis dos amigos Petrus y Ludovico.

— ¿Únicamente?

— Únicamente.

— ¿Y nada más os ha inducido á venir aquí?

— Nada más que yo sepa.

— ¿Estáis seguro?

— Completamente seguro.

— Vamos, comprendo que no me engañáis; pero os engañáis á vos mismo; no, esos dos que duermen ahora tan profundamente, no son la causa, no son más que el pretexto. ¿Sabéis lo que habéis venido á hacer aquí? Voy á decíroslo. Habéis venido á cumplir vuestra misión de filósofo, de observador, de pintor de costumbres, de poeta, de novelista; habéis venido á estudiar el corazón humano

*in anima vilis*, como se dice en cátedra; ¿no es cierto?

— Algo hay de verdad en lo que decís, contestó sonriendo Juan Robert. Yo no he escrito aun más que para el teatro; pero no quiero limitarme á esto, quiero escribir novelas de costumbres; sólo que quiero escribir á la manera que Shakespeare componía sus dramas, abrazando todo un período histórico, poniendo en contribución á la sociedad entera, desde el sepulturero hasta Hamlet, príncipe de Dinamarca. ¿Y queréis creerlo? En el drama de *Hamlet* no es la que menos me agrada la escena de los sepultureros, y encuentro que entre sus personajes no son los menos filósofos los profanadores de cadáveres.

— Si, tenéis razón, y quizá opine como vos; pero estais equivoocado, ó por mejor decir, escogéis mal el lugar de la escena; ¿dónde muestra Shakespeare sus sepultureros? En su puesto, con un pie en la tumba, un cráneo en la mano, y no en la taberna de Wanghan, donde el primer sepulturero envía al segundo á buscarle un vaso de licor. ¿Queréis hacer versos? Amad á una mujer y recorred los bosques. ¿Queréis hacer una comedia? Frecuentad el gran mundo y estudiad á Moliere y Shakespeare. ¿Queréis escribir una novela? Coged á Lesage, Walter Scott y Cooper; es decir, el pintor de costumbres, el pintor de caracteres, y el pintor de la naturaleza: estudiad al hombre en la posición que ocupe; en su taller si es pintor; en su bufete si es negociante; en su gabinete si es ministro; en su trono si es rey; en su tienda si es artesano; pero no en la taberna, adonde llega fatigado y de donde sale ebrio. En la muestra de estos bodegones debiera ponerse el *lasciate ogni speranza* del Dante. Y después; qué noche tan á propósito ibais á escoger para vuestros estudios! Una noche de Carnaval; una noche en que ninguno de esos hombres está

en su puesto; una noche, en fin, en que están fuera de su centro. En verdad os digo, señor observador, continuó Salvador encogiéndose de hombros, que observáis de un modo singular.

— Proseguid, dijo Juan Robert; os escucho.

— ¿Qué diríais, por ejemplo, de un hombre que fuese á estudiar el corazón humano en una casa de locos? Le juzgaríais loco también; ¿no es cierto? Y sin embargo, ¿hacéis otra cosa aquí á esta hora? Escuchadme, Mr. Juan Robert; la casualidad nos ha reunido; el movimiento habitual de la vida va á separarnos; quizá no nos volveremos á ver más; dejadme daros un consejo, aunque os parezca tal vez algo atrevido.

— ¡Oh! nada de eso, os lo juro.

— ¡Qué queréis! yo también he hecho una novela.

Y pasó la mano por su frente exhalando un suspiro.

— ¿Vos?

— Si; pero tranquilizaos, que no voy á entrar en concurrencia con vos: no era una de esas novelas que se imprimen; os lo decía únicamente para haceros ver que yo también tengo la pretensión de ser observador; las novelas, poeta, las hace la sociedad; buscad en vuestra cabeza, fatigad vuestra imaginación, y no encontraréis en tres meses, en seis, en un año, nada semejante á lo que la casualidad, la Providencia, ó la fatalidad enlaza y desenlaza en una noche, en una ciudad como París. ¿Tenéis el plan de vuestra novela.

— Aun no. El teatro no me parece tan difícil, y he hecho algunos ensayos; pero la novela, con sus ramificaciones, sus episodios y sus peripecias; una novela con el gabinete de la princesa y la buhardilla del obrero; una novela con las Tullerías y la tasca en que estamos; con Nuestra

Señora y la plaza de Greve, os confieso que es trabajo que me espanta, y retrocedo ante la magnitud de la obra.

— Pues bien; yo, replicó Salvador, creo que os engañáis.

— ¿Que me engaño?

— Sí.

— ¿En qué?

— En lo que queréis hacer.

— Exactamente.

— Ahí está vuestro error; no hagáis; dejad hacer.

— No os entiendo.

— ¿Qué hacía Asmodeo, el Diablo Cojuelo?

— Levantaba los techos de las casas y decía á Don Cleofás: ¡Leandro, mira!

— ¿Tenéis el poder de Asmodeo? No, seguramente; pero proceded de un modo más sencillo aún; salid de esta tasca, seguid al primer hombre ó á la primera mujer que encontréis en la calle, en la plaza, sobre el muelle; será probable que este hombre y esta mujer no sean el héroe ó la heroína de una historia; pero será uno de los hijos de la gran novela humana que Dios compone; ¿con qué objeto? él sólo lo sabe: haceos puramente su colaborador, y á los primeros pasos os seguro que os hallaréis sobre la huella de alguna aventura terrible ó ridícula.

Pero ahora es de noche.

— ¡Mejor! la noche se ha hecho para los poetas, los enamorados, las patrullas, los ladrones y los novelistas.

— Entonces, ¿queréis que dé principio á una novela desde luego?

— Ya está principiada.

— ¿De veras?

— Sin duda alguna.

— ¿Desde qué hora?

— Desde la hora en que vuestros amigos os dijeron ; vamos á cenar á la tasca !

— ¿Os chanceáis?

— No, ciertamente ; no tenéis más que querer : Juan Taureau será un personaje de vuestra novela, Guisote, Toussaint Louverture, Saco de Yeso, Zancadilla, serán personajes de vuestra novela ; vuestros dos amigos, que duermen sin sospechar que les distribuimos papeles ; yo mismo, si me juzgáis digno de ello, seremos también actores en vuestra novela : pero no vayáis á abandonarlos en la exposición.

— Á fe mía que tenéis razón, y no deseo otra cosa que seguirles.

— Pero no vayan á creer que no sois más que un autor que crea situaciones, pesa los sucesos, y prepara las peripecias ; vos sois un actor de este gran drama humano, cuyo teatro es el mundo, que tiene por decoraciones las ciudades, los bosques, los mares, los Océanos donde cada cual se mueve á su interés, á su capricho, en apariencia, pero en realidad impulsado por la mano invisible y omnipotente del destino ; las lágrimas que se verterán en él serán verdaderas lágrimas ; la sangre que se derramará será verdadera sangre ; y vos mismo mezclaréis vuestras lágrimas y vuestra sangre á las lágrimas y á la sangre de los demás.

— ¿Qué importa que sufra el poeta, si el arte tiene algo que ganar con su sufrimiento?

— Bien veo que sois tal como os juzgaba ; mirad, el tiempo ha variado ; hace una noche magnífica ; salgamos y vamos á buscar la continuación de la historia, cuyo primer capítulo acabamos, no de escribir, sino de representar.

— Pero yo no puedo dejar aquí á mis dos amigos.

— ¿Por qué?

— Podría sucederles algún percance.

— No hay cuidado ; yo diré dos palabras al mozo, y cuando sepa que están bajo mi salvaguardia, el más atrevido bohemio de esta bodega no tocará á un cabello de su cabeza.

— Sea, dijo Juan Robert ; pero ¿seriais bastante bueno para hacer esta recomendación delante de mí?

— No tengo inconveniente.

Salvador se aproximó á la escalera, é hizo oír un silbido modulado de cierta manera, y que semejaba á la vez el silbido del maquinista y el del contraaestreste.

Mr. Salvador no estaba acostumbrado á esperar, según parecía, pues apenas se habían extinguido las últimas notas de la singular modulación, cuando apareció el mozo.

— ¿Ha llamado Mr. Salvador?

— Si,

Y extendió el brazo hacia los durmientes.

— Estos dos señores son mis amigos, ¿comprendes?

— Perfectamente, contestó el mozo.

— Venid, dijo el joven al poeta.

Y salió el primero.

Juan Robert, que había quedado atras, pidió la cuenta y pagó ; después añadiendo cinco francos para el mozo :

— Amigo mío, le dijo, tened la bondad de decirme quién es ese caballero que acaba de recomendar á mis dos amigos.

— No es un caballero, es Mr. Salvador.

— Pero bien, ¿quién es Mr. Salvador?

— ¿No le conocéis?

— Es claro, puesto que os pregunto quién es.

— Es el mandadero (1) de la calle de Fers.

— ¿Cómo?

— Os digo que es el mandadero de la calle de Fers.

El mozo había contestado de tal modo, que no había lugar á dudar que no hubiese dicho la verdad.

— Decididamente, dijo Juan Robert, creo que Mr. Salvador ha dicho la verdad, y que empezamos una novela enteramente original y como no se ha escrito hasta ahora.

## CAPÍTULO X.

### LOS DOS AMIGOS DE SALVADOR.

Hacia en efecto una noche magnífica, como había dicho el mandadero de la calle de Fers.

Eran las dos en el reloj de la Halle-aux-Draps.

La fuente de los Inocentes, esta obra maestra de Juan Goujon, apareció á los dos jóvenes iluminada magníficamente por esa lámpara esplendente que la misma mano de Dios ha suspendido en la bóveda del firmamento; las elegantes pilastras, maravillas de arquitectura corintia, dominaban el conjunto en toda su gracia y en toda su pureza. Las náyades, estas gotas de agua convertidas en mujeres, y que el caballero Bernin había admirado tanto, las bellas

(1) *Commissionnaire*. Tipo parecido al de mozo de cuerda, pero es más inteligente, y á quien se encargan por consecuencia asuntos de mayor importancia; por lo cual nos ha parecido conveniente no darle este nombre, atendiendo también al papel que representa en la novela de Dumas.

náyades de suaves contornos parecía que se desprendían de su ropaje y que descendían á la pila de la fuente para bañar en ella sus blancos pies.

Los dos jóvenes, á pesar de la distancia social que la diferencia de clases parecía establecer entre ellos, se cogieron del brazo, y emprendieron su camino por la calle de San Dionisio. Al llegar á la plaza del Chatelet se detuvieron; el río corría á sus pies. Nuestra Señora se alzaba ante ellos con la majestad de las cosas inmóviles. La santa capilla elevaba su cúpula de encaje por cima de las casas; hubieran podido creerse transportados al París del siglo xv.

Para aumentar esta ilusión, una banda de jóvenes vestidos con trajes del tiempo de Carlos VI, que venían por el muelle de Gevres, gritaban desaforadamente:

« Son las dos y catorce minutos; todo está tranquilo; parisienses, dormid. »

Nuestros dos jóvenes dejaron desfilar delante de ellos la mascarada, atravesaron rápidamente el puente de Change, y llegaron á la plaza situada entre el puente de San Miguel y la calle de la Harpe.

Unos treinta estudiantes y grisetas, vestidos con trajes fantásticos, danzaban dando gritos de alegría alrededor de cinco ó seis haces de paja encendida.

Juan Robert no pudo menos de buscar con la vista el cantón sobre el cual estaba esculpida una cabeza con una bolsa pendiente del cuello, y que permaneció en esta plaza hasta el siglo xvii, según dice nuestra crónica.

Parecía que aquellos jóvenes, vestidos casi todos con trajes de la edad media, época que empezaba á estar en boga, habían venido allí para protestar, cuatrocientos años después del suceso, contra la traición terrible, cuyo recuerdo traía á la memoria esta plaza.

En una noche pacífica, en una noche iluminada por una luna tan resplandeciente como la que brillaba en aquel momento, á las dos de la mañana, el 12 de Junio del año de 1418, Perrinet-Leclerc, sustrayendo á su padre de la cabecera de su lecho las llaves de la puerta de San Germán, dió entrada en la ciudad á ochocientos caballeros del duque de Borgoña, que esperaban fuera de las murallas, bajo el mando de Villiers, señor de la isla de Adam.

Todo lo que cayó bajo el filo de la espada de los caballeros borgoñeses fué degollado sin piedad; mujeres, niños, viejos, los obispos de Coutances, de Saintes, de Bayeux, de Senlis, de Evreux, el condestable y el canciller fueron asesinados, después se dispersaron sus miembros y sus cabezas arrastradas por las calles.

La matanza duró ocho días; al cabó de este tiempo los parisienses arrojaron á los borgoñeses, y quedaron dueños de la ciudad.

Se trató de buscar al traidor, causa de esta desgracia, y se revolvió París para encontrar á Perrinet-Leclerc.

Perrinet-Leclerc había desaparecido, y nadie volvió á oír hablar nunca de él.

Entonces un escultor trabajó una grosera imagen de este traidor, y después que la multitud hubo llevado este busto de calle en calle, de puerta en puerta, después que le hubieron abofeteado y escupido en el rostro, el mismo escultor le colocó con su bolsa al cuello sobre el guardacantón en que le habían visto los antiguos historiadores.

Este recuerdo era el que preocupaba á Juan Robert, y era causa de que sus ojos dejasen el grupo variado y bullicioso, iluminado por el reflejo pasajero de las llamas, para escudriñar entre las sombras. Este recuerdo le hacía preguntarse á sí mismo:

— Quisiera saber dónde está ese guardacantón.

— En el ángulo de la plaza y de la calle de San Andrés de los Arcos, contestó Salvador, como si hubiera seguido en el pensamiento de Juan Robert desde la primera á la última palabra el monólogo, al cual su pregunta servía de peroración.

— ¿Cómo sabéis esto? es decir, una cosa que yo no sé, observó Juan Robert.

— Desde luego, dijo sonriendo Salvador, vuestro asombro es un tanto cuanto presuntuoso. ¿Creéis, señor poeta, que son siempre las gentes que deben saber las que saben realmente? Me parece que la ignorancia de vuestro amigo Ludovico sobre la valeriana, debiera haberos servido de lección.

— Dispensadme, lo he dicho sin reflexionar; empiezo á conocer que lo sabéis todo.

— Yo no lo sé todo, contestó Salvador, pero vivo con el pueblo, que es todo el mundo; que es el gigante que realiza la fábula antigua de Argos, el de los cien ojos; de Briareo, el de los cien brazos. Una de las cualidades ó de los defectos de este pueblo es la memoria, y sobre todo la memoria vengadora de las traiciones; pues bien; ese nombre de Perrinet-Leclerc, de que se acuerdan sólo los sabios en las clases elevadas de la sociedad; ese nombre, sin que el pueblo sepa gran cosa, como detalle de la traición que personifica, es uno de sus recuerdos execrados; tanto más, cuanto que la venganza no ha sido satisfecha, y el suplicio no ha expiado el crimen; tanto más, cuanto que la Providencia esta vez, como un juez dormido ó vendido, parece haber cerrado los ojos para dejar pasar al culpable. Venid.

Y Salvador se dirigió á la calle de San Andrés de los Arcos.

Juan Robert siguió al hombre misterioso de quien la

casualidad había hecho un guía, y se internó con él en la calle desierta y sombría.

Entre la calle Mayor y la plaza de San Andrés de los Arcos, el compañero del poeta se detuvo enfrente de una casita blanca, aseada, pero estrecha y con tres ventanas solamente en la fachada.

Una puertecita pintada daba entrada á la casa.

Salvador sacó una llave de su bolsillo y se dispuso á entrar.

— Ahora, dijo á Juan Robert, es cosa convenida que hemos de pasar el resto de la noche juntos, ¿no es cierto?

— Así me lo habéis ofrecido y yo he aceptado; ¿os retractáis acaso?

— ¡No tal! pero ¿qué queréis? por poco que yo valga, tengo dos seres que estarían inquietos por mi ausencia si se prolongase más allá de cierto tiempo; estos dos seres son una mujer y un perro.

— Id á tranquilizarlos; yo esperaré aquí.

— ¿Rehusáis subir por discreción? En este caso peor para vos; yo soy uno de esos hombres misteriosos que no ocultan nada, y que permanecen desconocidos á la luz del sol. Mr. Tayllerand ha dicho que el día en que el diplomático diga la verdad engañará á todo el mundo; yo soy este diplomático; con la diferencia de que no tengo el pesar de engañar á un mundo que no se ocupa de mí.

— Entonces, replicó Juan Robert que estaba impaciente por subir para conocer la habitación de un mandadero de la calle de Fers, ¡entonces, como dicen los italianos, *Permeso!*

— Sí, contestó Salvador en excelente toscano; *soltante vederete il cane, ma non la signora* (1).

(1) Entretanto veréis el perro, pero no la señora.

La puerta se abrió y los dos jóvenes entraron.

— Esperad, dijo Salvador, que os alumbre.

Y sacando un eslabón se disponía á encender una yesca, cuando de repente apareció una luz en la meseta de la escalera.

En seguida se hizo oír una voz dulce que preguntó:

— ¿Eres tú, Salvador?

— Sí, yo soy, contestó el joven. Á fe mía, añadió volviéndose, no erais vos quien os engañabais, sino yo; veréis á la mujer y al perro.

El perro fué el que se apercibió el primero; á la voz de su dueño había brincado por la escalera, después al llegar al lado de Salvador, el colosal cuadrúpedo colocó sobre sus hombros las dos patas delanteras, apoyó su cabeza en los mejillas del joven, y se puso á dar ladridos de alegría como hubiera podido hacerlo un perrito faldero.

— ¡Está bien, Rolando, está bien! dijo Salvador; déjame pasar; ya ves que tu señora Fresolina tiene algo que decirme.

Pero el perro que acababa de ver á Juan Robert, pasó la cabeza por encima del hombre de su amo, y dejó oír un gruñido, que por lo demás era más bien una interrogación que una amenaza.

— Es amigo, Rolando; así ten juicio, dijo Salvador.

Y después de haber acariciado al perro, le apartó de sí diciendo:

— ¡Vamos, déjame pasar, Rolando!

Rolando dejó pasar á su dueño, olfateó á Juan Robert al paso, y lamiendo la mano del poeta, se colocó detrás de él como para cerrar la marcha.

Juan Robert había echado sobre Rolando una rápida ojeada.

Era un magnífico animal de la raza de los perros del monte de San Bernardo, mitad dogo, mitad Terranova, que levantándose sobre sus patas traseras podía tener cinco pies y medio de alto; su piel era leonada.

Estas observaciones fueron hechas entre el piso bajo y el principal: allí las miradas de Juan Robert abandonaron al perro y se volvieron hacia Fresolina.

Era una joven de unos veinte años, de blondos y espesos cabellos, de pálido y dulce semblante, animado de vez en cuando por algunas risitas posadas de una transparencia encantadora: la bujía que tenía en sus manos daba un brillo singular á sus grandes ojos azules, y su boca risueña y medio entreabierta dejaba ver dos hileras de perlas bajo los labios encarnados como dos frescas cerezas.

Un pequeño signo de nacimiento, colocado debajo del ojo derecho, y que las mujeres llaman un *antojo*, tomaba en ciertas épocas del año el color de una fresa, lo cual le había valido sin duda este poético nombre de Fresolina, tan á propósito para herir la imaginación de Juan Robert.

La presencia de este último le había inspirado al principio, como á Rolando, alguna inquietud; pero como Rolando, había recobrado su tranquilidad al oír decir á Salvador: « Es un amigo. »

Empezó pues por tender á Salvador su tersa frente, en la cual el joven apoyó tierna y respetuosamente sus labios.

Después, dirigiéndose á Juan Robert:

— Amigo de mi amigo, le dijo con una encantadora sonrisa, ¡ sed bien venido !

Y alumbrando al poeta entró en su habitación con Salvador.

Juan Robert les siguió, deteniéndose sin embargo en la primera pieza, que parecía servir de comedor.

— ¿ Por qué no te has acostado aún ? Confío en que no habrá sido por el cuidado que te daba mi tardanza; en este caso no me lo perdonaría, hija mía.

Y el joven pronunció estas palabras con un acento que tenía algo de paternal.

— No, contestó la joven con voz dulce: pero he recibido una carta de esa amiga de que te he hablado algunas veces.

— ¿ De cuál ? preguntó Salvador; tú tienes tres amigas de quien me hablas con frecuencia.

— Podías decir que tengo cuatro.

— Sí, es verdad: pues bien; ¿ de cuál de ellas se trata en este momento ?

— De Carmelita.

— ¿ Le habrá sucedido alguna desgracia ?

— ¡ Mucho me lo temo ! Mañana debíamos reunirnos ella, Lidia, Regina y yo, para oír misa en Nuestra Señora, según acostumbramos todos los años: y hé aquí que en vez de esto, nos cita á las siete de la mañana.

— ¿ Para dónde ?

Fresolina se sonrió.

— Ella nos exige el secreto, amigo mío.

— ¡ Oh ! ¡ guárdale, ángel mío ! dijo Salvador. ¡ Un secreto ! ya sabes mi opinión sobre este punto : ¡ un secreto es el arca santa !

Después, volviéndose hacia Juan Robert :

— Soy vuestro al momento. ¿ Conocéis á Nápoles ?

— No ; pero espero ir allá de aquí á tres años.

Pues distraeos en ver la sala que sirve de comedor ; es un traslado exacto de la casa del poeta en Pompeya ;

y cuando hayáis concluido de verla, hablaréis con Rolando.

Y al decir estas palabras, Salvador entró con Fresolina en la segunda pieza, cerrando tras él la puerta.

## CAPÍTULO XI.

### DIÁLOGO ENTRE UN POETA Y UN PERRO.

Cuando quedó solo Juan Robert, tomó la bujía y la aproximó á las paredes del comedor, en tanto que Rolando, con un suspiro de satisfacción, fué á acostarse en una especie de alfombra extendida á través de la puerta, por la cual acababan de desaparecer Salvador y la joven, y que parecía su lecho acostumbrado.

Durante algunos instantes, Juan Robert paseó inútilmente la luz delante de la pared: nada veía; sus ojos miraban en algún modo fuera de aquella sala; sus recuerdos pasaban entre él y lo que tenía ante sí.

Lo que sus ojos veían era aquella hermosa joven que se inclinaba desde lo alto de la sombría escalera, con su bujía en la mano; lo que veían eran los largos cabellos de la joven, sus ojos azules reflejando el cielo, aun cuando el cielo no estuviese allí; lo que veían era aquella belleza transparente, fina como una hoja de rosa; era la gracia y la esbeltez de aquel cuerpo, sobre el cual se adivinaba que había pasado la mano febril de la enfermedad ó la mano helada de la desgracia; lo que veían, en fin, era esta aparición de Fresolina, no menos asombrosa que la de Salvador,

y que parecía completar la de éste, para hacer á los ojos del poeta un sueño vivo y animado.

Todo le parecía extraño, hasta aquella mancha de carmin que tenía debajo del ojo, que había hecho dar á la joven, por Salvador probablemente, el nombre de Fresolina.

Después este nombre de Regina, que había pronunciado la joven, había atraído á su memoria un recuerdo aristocrático que no podía tener ninguna relación con las criaturas de humilde condición á las cuales acababa momentáneamente de asociar su vida; pero que no por esto había dejado de hacer vibrar en su corazón las fibras sonoras de la juventud.

Poco á poco, sin embargo, la especie de velo que tenía delante de la vista se hizo cada vez más transparente, y á través de una niebla empezó á ver las pinturas que cubrían las paredes.

El arte dominaba al misterio; la realidad sucedía á la ilusión; el poeta estaba delante de una de las copias más exactas de la pintura decorativa de la antigüedad.

Las cuatro paredes contenían cuadros encerrados en grandes marcos: cada cuadro representaba un paisaje visto á través de las columnas de un peristilo ó de las ventanas de un aposento.

Los marcos representaban todos estos caprichos que la ciencia arqueológica ha hecho populares después, como por ejemplo las horas del día y de la noche, la cigarra conducida por dos caracoles, las palomas bebiendo en una misma copa, etc., etc.

Todo estaba copiado con un gusto perfecto y una fidelidad de tono que indicaba la habilidad de colorista.

Esto habría sido otro motivo de asombro para Juan Ro-